

TEORÍA SOCIOLÓGICA III

8

Nº de ficha

Material disponible
en la fotocopidora
del Cecso

EL FIN DE LA TEORÍA SOCIOLÓGICA¹

Steven Seidman

La teoría sociológica se ha ido a la basura. Ha perdido gran parte de su relevancia intelectual y social; se ha desvinculado de los conflictos y debates públicos que la nutrieron en el pasado, se ha vuelto mayormente autorreferencial. La teoría sociológica hoy es producida y consumida casi exclusivamente por sociólogos². Esta insularidad social e intelectual explica el casi permanente sentido de crisis y malestar que rodea a la teoría sociológica contemporánea. Esta aflicción se origina, en parte, de su propio proyecto central: la búsqueda de fundamentos epistemológicos y de una teoría totalizadora de la sociedad³.

Revitalizar la teoría sociológica nos exige renunciar al cientismo –esto es, a la cada vez más absurda afirmación de que hablamos con La Verdad, de tener un discurso epistémicamente privilegiado. Debemos renunciar a nuestros reclamos fundantes, o a la búsqueda de un set de premisas y de estrategias conceptuales y de explicaciones correctas o “fundadas”. La teoría sociológica se verá revitalizada cuando se transforme en “teoría social”. Mi crítica de la teoría sociológica y mi defensa de una teoría social parte de una posición posmodernista.

Vaticinar el final de la teoría sociológica implica renunciar a esperanzas “progresistas” que han sido centrales en la teoría sociológica moderna. El posmodernismo no trae promesas de liberación –de una sociedad libre de dominación. El posmodernismo renuncia al ídolo moderno de la emancipación humana para de-construir falsos mecanicismos y predicar un presente abierto a posibilidades sociales futuras, detectando fluidez y porosidad en formas de vida donde los discursos hegemónicos depositaron cerramiento y órdenes congelados. La esperanza de una gran transformación es reemplazada por la más modesta aspiración de una defensa incansable de los placeres y de luchas por la justicia que son locales e inmediatas. El posmodernismo ofrece la posibilidad de un análisis social que tome en serio la historia de crueldad y represión de la modernidad occidental sin rendirse a la falta de crítica que hoy caracteriza a mucho del pensamiento tanto conservador como liberal.

TEORÍA SOCIOLÓGICA/TEORÍA SOCIAL: UNA DIFERENCIA QUE IMPORTA.

Quisiera marcar una diferencia entre “teoría sociológica” y “teoría social”. Las teorías sociales típicamente toman la forma de narrativas sociales amplias. Relatan historias de orígenes y desarrollos, historias de crisis, de decadencia o de progreso. Estas teorías

¹ Seidman, Steven (1994/1995). The end of sociological theory. En Seidman, S. (comp.) (ed.), 2000.

están típicamente conectadas a los conflictos sociales contemporáneos y a los debates públicos. Estas narrativas tratan no sólo de clarificar un evento o una configuración social, sino también de formar su resultado – tal vez legitimando un resultado o atribuyendo a ciertos actores, acciones e instituciones cierta importancia histórica, mientras que les atribuyen a otras fuerzas sociales cualidades malignas o demoníacas. La teoría social presenta moralejas que tienen significación práctica: incorporan la voluntad de hacer la historia. Marx escribió *El manifiesto comunista* y sus manuscritos de la *Crítica a la economía política* respondiendo a los conflictos sociales del momento, como una intervención práctica con el propósito de efectuar un cambio (contribuir a la transformación de los trabajadores asalariados industriales en miembros de una clase autoidentificada como antagónica al capitalismo). Weber escribió *La Ética protestante y el espíritu del capitalismo* para estimular la construcción de una clase media alemana politizada deseosa de tomar posesión del poder. Durkheim escribió la *División del Trabajo* para legitimar y formar la Tercera República contra ataques de la derecha y de la izquierda. Las teorías sociales podrán ser escritas para representar la verdad de los temas sociales, pero emergen de los conflictos contemporáneos y tratan de tener efectos sobre ellos. El intento moralizante nunca se alejó de su superficie. En general son evaluadas en términos de su significación moral social y política.

La teoría “sociológica”, en cambio, intenta descubrir una lógica de la sociedad, trata de descubrir el vocabulario “verdadero” que re-presente el universo social. Los teóricos sociológicos típicamente reclaman que sus ideas se apartan de la autoimagen de la humanidad en tanto seres sociales. Ubican a la teoría sociológica como si “teorizar” fuera simplemente un diálogo continuo sobre “lo social”. Tratan de abstraerse de los conflictos sociales actuales para reflexionar sobre las condiciones de cualquier sociedad, para articular el lenguaje de la acción social, el conflicto y el cambio en general. Buscan encontrar un lenguaje universal, una casuística universal que pueda determinar la verdad de cada lenguaje social. La teoría sociológica afirma que puede despojarse de sus marcas contextuales, para articular la condición del hombre universal. Si la teoría sociológica habla un lenguaje particularista, se dice que ha fracasado. Debe elevarse a lo universal, al nivel de la lógica teórica o a los problemas centrales, o estudiar “leyes sociales” o la estructura de la acción social. El proyecto de los teóricos sociológicos es aportar al stock de conocimiento humano con la esperanza de que esto traerá iluminismo y progreso social.

La historia que quiero contar no es la del movimiento de la teoría social hacia la sociológica. Ambas teorías, al menos desde el siglo XVIII, han convivido y se han involucrado. Marx escribió teoría social y teoría sociológica, Weber escribió la ética protestante, pero también produjo ensayos metodológicos que dieron bases a sus estrategias conceptuales. Durkheim escribió la *División del trabajo* pero también *Las reglas del método sociológico*. Parsons escribió *La estructura de la acción social* pero también *La Universidad Americana*. Aunque ambas escrituras se mezclaron en la historia

sostener que la hegemonía de la teoría sociológica sobre la social ha contribuido a volver a los teóricos sociales insulares y a volver sus productos (teorías) intelectual y socialmente oscuros e irrelevantes virtualmente para cualquiera, salvo para otros teóricos. Al haberse negado a la teoría social, los teóricos sociológicos han contribuido a debilitar la moral pública y el debate político.

UNA CRITICA DE LA TEORÍA SOCIOLOGICA EN TANTO "DISCURSO FUNDACIONALISTA"

Muchos teóricos sociológicos han aceptado el concepto de teoría como discurso fundacional (Seidman 1989, 1990, 1991^a, 1991b). Hemos definido como nuestra tarea principal el proveer "bases" ("foundations") para la sociología. Esto implica proveer de razones últimas acerca de porqué la sociología debería adoptar cada estrategia conceptual específica. Nos asignamos la tarea de definir y defender las premisas básicas, los conceptos y los modelos explicatorios de la sociología. Hemos asumido el rol de resolver las disputas disciplinarias y los conflictos conceptuales suponiéndonos capaces de descubrir una razón epistemológica universal que provea estándares objetivos, neutrales, para la solución de conflictos. Los teóricos sociológicos han avanzado como la política virtual de la mente sociológica. En un intento de mantener la racionalidad y de salvaguardar el progreso intelectual y social, hemos legislado códigos de orden disciplinario, proveyendo una especie de casuística epistemológica que puede servir de guía para la toma de decisiones conceptuales.

La búsqueda de fundamentos ha transformado a la teoría sociológica en un discurso metateórico. Sus disputas son crecientemente autorreferenciales y epistemológicas. Sus discusiones teóricas tienen poco impacto sobre los mayores conflictos sociales y luchas políticas o sobre debates que refieran a asuntos públicos importantes. La teoría sociológica ha disminuido su impacto sobre los textos públicos cruciales de comentario social, crítica y análisis. Los textos de teoría y las conferencias están preocupados en disputas fundacionales referentes a la lógica de las ciencias sociales, los méritos respectivos de un paradigma del orden versus un paradigma del conflicto, la naturaleza de la acción social y el orden, los vínculos conceptuales entre agencia y estructura o entre el nivel macro y micro de análisis, etc., etc. Estas discusiones se ensayan interminablemente y usan una corta lista de figuras retóricas, así como de referencias a textos clásicos y a los altos valores del humanismo o del cientismo, para legitimar un vocabulario o una estrategia conceptual.

Pero, ¿ha esta proliferación discursiva logrado una tradición teórica central? No. En lugar de un discurso concentrado, productivo, enfocado sobre un set limitado de problemas que muestre elaboraciones sostenidas, nos encontramos con un clamor discursivo disperso que cubre una gran clasificación de temas siempre cambiantes en una sorprendente diversidad de lenguajes. En este clamor discursivo no hay virtualmente una estandarización

principales jugadores en el campo. Se entabla una discusión: disputas locales emergen en revistas, libros y conferencias; un vocabulario particular puede adquirir auge entre los teóricos sociológicos. Sin embargo esta coherencia es típicamente corta porque el campo está siempre dividido, y los teóricos rivales con sus propias agendas y redes claman también por reconocimiento y recompensas. Esta proliferación metateórica ha rendido poco, si es que algún progreso u orden.

Las disputas fundacionalistas hasta la fecha han admitido poco, si es que algún consenso. ¿Porqué? Porque los criterios que guían las decisiones conceptuales parecen, al final, locales, heterogéneos, y tal vez, de última, inconmensurables. ¿Cómo hacemos “nosotros” para juzgar o priorizar estándares epistemológicos como adecuación empírica, capacidad de comprensión explicativa, precisión cuantitativa, capacidad de predicción, coherencia lógica, economía conceptual, atractivo estético, eficacia práctica y aceptabilidad moral? ¿Y cómo hacemos “nosotros” para ponernos de acuerdo acerca de cuáles deberían ser las bases o fundamentos teóricos? ¿Qué debería incluirse –y, para el caso, excluirse? Y, después de todo, ¿qué podría servirnos como un estándar de validez? Finalmente, ¿quién debería tomar esas decisiones? ¿Quién, en otras palabras, es el “nosotros” que legisle las estrategias justificatorias?

Si una conclusión es hoy dolorosamente clara, y dolorosamente resistida, es que las disputas metateóricas no parecen resolubles por una razón formal o abstracta. Ontologías y epistemologías rivales son significativas solo en la medida en la cual están relacionados a intereses específicos o formas específicas de vida. Si esto es cierto –y sólo digo que tal afirmación, desde mi punto de vista social e histórico me parece convincente- entonces los discursos fundacionalistas difícilmente puedan evitar ser locales y etnocéntricos. Esto sugiere que la búsqueda de fundamentos últimos o universales para nuestras estrategias conceptuales debería ser abandonada a favor de justificaciones locales, pragmáticas.

La noción de que los discursos fundacionales no pueden evitar ser locales y etnocéntricos es crucial para lo que a sido llamado “posmodernismo” (Rorty 1979, 1982, 1991). Los posmodernistas han evocado la sospecha de que los productos de los estudios humanos –conceptos, explicaciones, teorías- llevan la impronta de los prejuicios particulares y los intereses de sus creadores. Esta sospecha puede expresarse de la siguiente manera: Cómo podría un sujeto cognoscente, que tienen intereses particulares y prejuicios por el hecho de vivir en una sociedad específica en una coyuntura histórica específica y que ocupa una posición social específicamente definida por su clase, género, raza, orientación sexual y status étnico y religioso, producir conceptos, explicaciones y estándares de validez que sean universalmente válidos? ¿Cómo podemos aseverar que los humanos están constituidos por sus circunstancias sociohistóricas particulares y también afirmar que pueden escapar a su situación creando conceptos y estándares universalmente válidos? ¿cómo podríamos dejar de lado la sospecha de que cada movida por parte de agentes

documentado el desvío androcéntrico de la sociología sino que han analizado críticamente las políticas de la ciencia en sus construcciones normativas de feminidad y “calidad de mujer” (womanhood) (Andersen 1983, Harding 1986, Harding y Hintikka 1983, Jager y Bordo, 1989, Sëller 1985, Millman y Kanter 1975, Smith 1979, 1989, Westcott 1979) Dado que este incansable sospecha epistemológica se ha vuelto contra los discursos disciplinarios por parte de las feministas, y dado que este mismo recurso es ensayado por los afro-americanos, gays y lesbianas, latinos, asiáticos, personas con capacidades diferentes, etc., ningún discurso social puede hoy escapar a la duda de que sus pretensiones de verdad están atadas a y enmascaran un interés social actuante para influir el curso de la historia. Una vez que el velo epistemológico es descorrido por los posmodernistas, la ciencia aparece como una fuerza social inmersa en luchas particulares de cultura y poder. La pretensión de verdad, como propuso Foucault, es inextricablemente un acto de poder- una voluntad de forjar a la humanidad.

La sospecha epistémica está en el centro del posmodernismo. Los posmodernistas cuestionan la designación de la teoría como el discurso que da los fundamentos. La crítica posmodernista no niega la posibilidad de éxito en la búsqueda de fundamentos. Sólo digo que desde el punto de vista de la historia de estos esfuerzos fundantes, y desde el punto de vista de la conciencia moderna que ha generado su propia duda epistémico continua, este proyecto ya no es atractivo o creíble.

Aparte de esta duda epistémica, hay razones prácticas y morales para considerar al determinar el valor del proyecto fundante. Los posmodernistas ven a estos discursos como que exhiben una mala fé: oculta en la voluntad de saber está la voluntad de poder. Pretender que hay razones universales y objetivas para afirmar un discurso social, afirmar que un discurso habla el lenguaje verdadero, es privilegiar a ese discurso, a sus portadores y a su agenda social. Desde el momento en que creemos que los discursos sociales son prácticas sociales que, como otras fuerzas sociales, forjan la vida social y la historia, privilegiar un discursos como verdadero autoriza sus valores sociales y su agenda (Brown 1990)

Los discursos sociales, especialmente las amplias narrativas sociales de desarrollo producidas por los teóricos sociológicos, pero también los discursos especializados producidos por demógrafos, criminólogos, sociólogos de las organizaciones, etc., ordenan el mundo social creando entornos de identidades raciales, de género, sexuales, nacionales y otras, orden social y funcionamientos institucionales que llevan la autoridad intelectual y social de la ciencia. Un discurso que lleva el sello del conocimiento científico da a sus conceptos normativos de identidad y orden una autoridad, mientras que desacredita las agendas sociales producidas por otros discursos (científicos y no científicos). Reclamar que se ha descubierto el verdadero lenguaje de la sociedad deslegitima a paradigmas rivales – que pasan a ser meramente ideológicos, en el mejor de los casos precursores- y a sus agendas sociales y portadores. Implica una demanda para marginalizar o apartar el

Cuando uno apela solamente a la verdad de un discurso para autorizarlo social e intelectualmente, uno evita reflexionar sobre su significado práctico-moral y sus consecuencias sociales. Un discurso que se justifica a sí mismo solo por argumentos epistemológicos no será obligado a defender sus decisiones conceptuales en arenas políticas y morales. La significación práctica y moral de tal discurso pasará desapercibida o será sólo superficialmente considerada. Por otro lado, si los teóricos –como posmodernistas- creen que cualquier invocación de estándares universales e estrategias justificatorias no son finalmente conclusivas, entonces se verán forzados a ofrecer razones “locales” morales, sociales y políticas para sus decisiones conceptuales. Las disputas entre teorías rivales o entre estrategias conceptuales no implicarían sus principios rimeros –individualismo versus holismo, materialismo versus idealismo, micro versus macroanálisis, conceptos instrumentales versus normativos de acción y orden. En cambio los teóricos argumentarían acerca de las consecuencias intelectuales, sociales, morales y políticas e elegir una estrategia conceptual o la otra.

Un “giro pragmático” tiene distintas ventajas. Expande el número de partes que pueden participar como más o menos iguales en un debate sobre la sociedad. Donde un discurso es justificado por argumentos metateóricos, los expertos se sitúan como las autoridades. Esta situación contribuye al debilitamiento del espacio público de debate político y moral, porque las cuestiones sociales son definidas como dominio de expertos. Por el contrario, cuando un discurso es juzgado por sus consecuencias prácticas o por sus implicaciones morales, más ciudadanos están calificados para determinar la importancia que tiene considerando sus implicaciones sociales y morales. Un giro pragmático, en principio, implica una ciudadanía activa, políticamente implicada participando en un espacio público democrático.

El posmodernismo cuestiona a un concepto representacional de la ciencia cuya legitimidad reside en una crecientemente cínica creencia en el papel iluminista y dador de poder (empowering) de la ciencia. La justificación iluminista oscurece la implicación social de las disciplinas y les permite abandonar la responsabilidad moral por su propia eficacia social. El posmodernismo denuncia el carácter práctico y moral de la ciencia. Ve a las disciplinas como implicadas en luchas heterogéneas acerca del género, la raza, la sexualidad, el cuerpo y la mente, para dar forma a la humanidad.

LA ALTERNATIVA POSMODERNISTA: NARRATIVA SOCIAL CON UN INTENTO MORAL

La teorización fundante no es de ninguna manera producto de las disciplinas científicas. El intento de resolver disputas conceptuales o de autorizar a una particular estrategia conceptual apelando a justificaciones presumiblemente universales u objetivas ha acompañado al pensamiento social moderno. Pero la institucionalización de la ciencia

duda epistémico acerca de la posibilidad de éxito del proyecto fundante. Esta sospecha ha sido una característica sistemática de la conciencia moderna occidental al menos desde el tiempo de Marx. El posmodernismo evoca esta sospecha.

Desde una perspectiva posmodernista, la justificación de estrategias conceptuales parece incapaz de evitar un carácter local, etnocéntrico. Esto no es un argumento que niegue la mera posibilidad de fundamentos: no puedo probar la imposibilidad de obtener un discurso social fundado. Si quieren, mi duda epistémica es local. Proviene de mi reflexión sobre el fracaso histórico de los esfuerzos fundantes, refleja mi empatía con la duda epistémico continua que la propia ciencia moderna ha generado.. si mañana viene un genio y prueba satisfactoriamente a la comunidad de científicos sociales que el o ella aha tenido éxito en proveer fundamentos a la teoría, cambiaré mi punto de vista. Mientras tanto, sin embargo, propongo que renunciemos a la búsqueda de fundamentos y la sustituyamos por razones locales para nuestras estrategias conceptuales. En lugar de apelar a justificaciones absolutas, de construir lógicas teóricas para justificar una estrategia conceptual, para sacarlas de su contcxto y elevarlas a verdades universales, propongo que nos satisfagamos con razones locales, pragmáticas, para nuestros enfoques conceptuales. al enfrentarnos con estrategias conceptuales en conflicto, en lugar de preguntarnos cuál es la naturaleza de la realidad o del conocimiento –y por lo tanto volvemos metateóricos-, sugiero que evaluemos las perspectivas en conflicto preguntándonos acerca de sus consecuencias intelectuales, sociales, morales y políticas. Promueve tal estrategia mayor precisión o economía conceptual? Aumenta la predictibilidad empírica? Cuáles valores sociales o formas de vida promueve? Nos lleva a información relevante para instrumentar políticas? Las justificaciones posmodernistas se desplazan desde el debate sobre la verdad y la racionalidad abstracta a las consecuencias sociales e intelectuales de la ciencia.

La búsqueda de fundamentos ha estado ímamente conectada al proyecto de crear una teoría general (Seidman and Wagner 1991). Muchos cientistas sociales modernos han intentado elaborar una plataforma teórica totalizadora que fuera válida para todo tiempo y lugar. La búsqueda de un vocabulario o lenguaje fundado que refleje el mundo social, que descubriría las estructuras o dinámicas esenciales, las leyes de la sociedad, ha sido central para la teoría sociológica. En la ideología alemana, Marx y Engels creyeron que habían encontrado un lenguaje universalmente válido sobre la historia y la sociedad. En su visión, las categorías del trabajo, modo de producción, clase y conflicto de clase cristalizaban lo que consideraron era una teoría general que había capturado la estructura esencial y la dinámica de la historia. Durkeim propuso en La división del trabajo y en Las reglas del método sociológico la categorización dual de las representaciones colectivas y la morfología social como las bases conceptuales para una teoría universal de la sociedad, Parsons escribió La estructura de la acción social y El sistema social para revelar un set universal de premisas y conceptos que unificarían y guiarían la investigación social. Este intento de buscar el verdadero lenguaje del mundo social, de descubrir sus leyes, su estructura general y su lógica universal, ha sido la intención continua de la teoría

localistas y etnocéntricas (Turner and Wardell 1986). El proyecto de una teoría general ha empujado a los teóricos al reino de la metateoría tanto como el intento de éstos de lograr una razón epistémica para resolver disputas conceptuales o paradigmáticas: apartó a los teóricos de los análisis empíricos y programas conceptuales que serían vitales.; la búsqueda de fundamentos y de una teoría totalizadora ha marginalizado a los teóricos en relación a los mayores eventos sociales y debates públicos de estos tiempos. Cuando los conceptos son estirados para cubrir todos los tiempos y lugares, se vuelven tan vacíos de contenido que pierden el valor explicativo que hubieran tenido. Estas categorías generales vaciadas de contenido parecen ignorar o reprimir las diferencias inevitablemente (Nicholson 1991). Por ejemplo, la categoría de trabajo, modo de producción o conflicto de clases habrán sido muy útiles para explicar países como Francia, Alemania o los Estados Unidos del siglo XIX, pero son virtualmente irrelevantes para explicar sociedades que son más centradas en los grupos de parentesco o más políticamente centradas (Balbus 1982, Budrillard 1975, Habermas 1977, 1984, 1987, Nicholson 1986, Rubin 1975).

Si los teóricos sociales renuncian al proyecto fundante y a la búsqueda de teorías general, como recomiendo, entonces, ¿Qué nos queda? Claro que algunos teóricos argumentarán que una versión más modesta del proyecto generalizante todavía es viable, como las teorías de alcance medio mertonianas o alguna variante digamos, al estilo de Skocpol en *Estados Revolución social*. No voy a discutir aquí el valor de estas alternativas, aunque creo que continúan atadas al cientismo y a la ideología moderna de iluminismo y progreso de los que sospechamos por décadas. En cambio, propongo que cuando los teóricos abandonen el proyecto fundante en su sentido amplio (elaborar teorías generales y principios de justificación) lo que nos queda es una teoría social en tanto narrativa social. Cuando extraemos los aspectos fundantes de la obra de Marx, todavía sus textos siguen siendo historias de desarrollos y crisis sociales, cuando hacemos lo mismo con la obra de Durkheim, nos queda la historia del desarrollo de la modernidad occidental. Lo mismo aplica a Parsons, Luhmann, Munch o Habermas. No es que esté sugiriendo que volvamos simplemente a las grandes historias de la evolución social de Condorcet a Habermas. Si la teoría social volviera a su función de narrativa social, pienso que debería ser una narrativa distinta de la de los grandes modernos. En el comentario de esta sección describo una versión de una narrativa social posmoderna.⁴

La narrativa social posmodernista por la que abogo se basa en los eventos y por lo tanto se preocupa por sus fronteras temporales y espaciales. Por "basada en eventos" entiendo que los puntos primarios de referencia de las narrativas posmodernas son conflictos o desarrollos sociales importantes. En tanto basadas en eventos, los análisis posmodernistas también deberán ser densamente contextuales. Los eventos siempre ocurren en un tiempo y espacio particular, relacionados a desarrollos contemporáneos y pasados.

Las grandes narrativas de los grandes teóricos sociales modernos respondían a los

historia universal y desarrollaron historias del desarrollo de occidente, si no de la historia humana. En lugar de contar la historia del capitalismo o la secularización digamos, en Inglaterra o Italia, analizaron esos eventos como parte de un esquema del desarrollo occidental o del desarrollo humano. Entonces, en lugar de analizar los desarrollos industriales únicos de Inglaterra o Alemania, los cuales tuvieron aspectos "capitalistas", estando atentos a las dramáticas diferencias y singularidades de ambos países, Marx propuso una teoría del capitalismo que buscó revelar los procesos esenciales, uniformes en toda formación social "capitalista". Su teoría del capitalismo subrayó una historia de occidente y al final del desarrollo de la humanidad que solapaba la especificidad de sociedades particulares occidentales y no occidentales. Por supuesto, Marx advirtió que la operación capitalista uniforme variaría en diferentes sociedades, aún si la dinámica esencial y la dirección de la historia estén dadas por las "leyes del capitalismo". Asumió que el hecho de que diferentes sociedades tengan tradiciones nacionales divergentes, posiciones geopolíticas distintas y estructuras políticas, culturales, de familia, género, raciales y étnicas diferentes, no cuestionaría seriamente la utilidad de su modelo de capitalismo que marcaba las dinámicas esenciales y la dirección de la historia.

Tal como lo veo, esto fue un error serio. Aún si uno considera el modelo marxista del capitalismo útil para analizar la dinámica de los cambios socioeconómicos del siglo XIX, creo que las inmensas diferencias sociohistóricas entre las sociedades europeas y angloamericanas y entre sociedades occidentales y no occidentales afecta seriamente la forma y el funcionamiento de las dinámicas del industrialismo. Las sociedades individuales conforman su propia configuración única y trayectoria histórica, la cual es mejor analizada históricamente que desde las profundidades de una teoría general.

El eurocentrismo de las grandes narrativas ha sido suficientemente expuesto (Baudrillard 1975). La historia humana en esas narrativas modernas significa historia occidental. Las sociedades no occidentales fueron relegadas a una posición marginal en la historia pasada, presente y futura; su destino se presumía atado al de Europa y los Estados Unidos. Occidente, en esas narrativas, era el agente principal de la historia; mostraba el futuro a toda la humanidad. Detrás de esta concepción está la arrogancia de los teóricos occidentales, con su afirmación de que el advenimiento de la modernidad occidental tenía una significación histórica universal. Los grandes modernos entendieron no sólo que la modernidad occidental revelaba procesos que tendrían impacto mundial, sino que tal modernización contenía formas de vida universalmente válidas (ciencia, burocracia, socialismo, solidaridad orgánica, secularismo). No se necesita mucho esfuerzo para ver detrás del intelectualismo de los modernistas la política expansionista del colonialismo europeo.

Estas grandes narrativas cargan la marga de su propio origen nacional. Contienen elementos de patriotismo. Proyectaron sus propios desarrollos nacionales únicos sobre el

mecánicas y orgánicas) las cuales relataban la historia de un cambio que duró cientos de años, deberían ser abandonadas. Descartan importantes diferencias entre las sociedades; perpetuaron las aspiraciones occidentales de hegemonía y alimentaron deseos nacionalistas chovinistas. Son, en resumen, poco más que mitos que intentaron validar ciertos patrones sociales.

Aunque creo de deberíamos abandonar las grandes narrativas modernas, las historias en general todavía son necesarias. Esto es así porque en todas las sociedades ocurren eventos y desarrollos que incitan a conflictos sociales, morales y políticos. Las partes que aparecen en estos conflictos frecuentemente los integran en marcos conceptuales amplios, o marcos narrativos. Para encarnar un evento de significación moral y política o para legitimar una agenda social en especial, sus defensores elaboran narrativas sociales que relacionan el evento a la historia mayor y al destino de su sociedad o de la humanidad. Este proceso es claro, por ejemplo, en el caso de la epidemia de Sida: la difusión del VIH en los estados Unidos generó discursos sociales que relatan un cuento de largo alcance sobre el fracaso de la revolución sexual, o en cambio, el fracaso de una sociedad liberal permisiva (Seidman 1988, Sontag 1988, Watney 1987). La construcción de narrativas sociales amplias por parte de teóricos todavía tiene un rol importante.

Estas narrativas ofrecen imágenes alternativas del pasado, presente y futuro; pueden presentar alternativas críticas a las imágenes dominantes hoy, pueden proveer recursos simbólicos que pueden ser tomados por grupos sociales para redefinirse a sí mismos, a su situación social y a su futuro posible. Considero como textos paradigmáticos por ejemplo, *Cuerpos femeninos, derechos femeninos* de Linda Gordon (1977), el cual ofreció una interpretación feminista nueva del conflicto sobre el control de la natalidad; al libro de Jeffrey Weeks *Coming out: políticas homosexuales en Gran Bretaña* (1977), que presentó una nueva lectura social e histórica de la homosexualidad(...) Estos textos ofrecen redesccripciones del presente que abren nuevas maneras de definir el presente y el futuro (Seidman 1991b). Las grandes narrativas sociales que cubren grandes porciones de tiempo y espacio todavía son importantes.

Las narrativas sociales postmodernistas se apartan de aquellas de los grandes modernistas: abandonan la centralidad de las ideas de progreso o decadencia que habían servido como temas unificantes del pensamiento social moderno. Desde filósofos como Condorcet o Turgot a Comte, Marx, Durkheim y Parsons, estas historias del desarrollo social son poco más que variaciones en el motivo del desarrollo humano. Se superponen a las historias mesiánicas. En reacción a las historias iluministas, aparecieron las grandes historias de lamento o decadencia por parte de Rousseau, Bonald, Schiller, Weber, Simmel, Spengler, Adorno y Horkheimer. Tanto las grandes narrativas modernas del progreso como los motivos contrailuministas de decadencia son decididamente Eurocéntricos. En ambos casos el sitio de las luchas fatídicas de la humanidad es el occidente. En cambio, las

de cualquier sociedad. Al final, suman poco más que retóricas de ehovinismo nacional o eurocéntrico por un lado, o retóricas de rechazo del mundo por otro.

Las grandes historias modernistas de progreso o decadencia casi siempre operan con nociones unidimensionales de dominación y liberación. Ignorando conflictos complejos y dinámicas de poder con sus cálculos ambiguos de ganancias y pérdidas, beneficios y costos, placeres y dolores, estas grandes narrativas enmarcaron los conflictos sociales e históricos en imágenes iluministas o apocalípticas simplificadas. Para estos modernistas, las dinámicas de la dominación son meramente un problema de pérdida o ganancia de libertad; estratos completos, épocas completas, son descritas como no libres, alienados o reprimidos; largos períodos de tiempo son vistos como períodos de oscuridad o luz, libertad o tiranía. Si piensa que la historia juega un drama humano unidimensional referente al reclamo humano de liberación contra las fuerzas de la dominación.

Estas imágenes de liberación y dominación a menudo están atadas a conceptos esencialistas del sujeto humano.⁵ Los modernos presuponen una noción de humanidad como teniendo una identidad fija, incambiada y sin mirar sus variaciones históricas y consideraciones sociales tales como género, raza, etnicidad, clase u orientación sexual. Este "sujeto humano" unificado es pensado con estando en una constante lucha pro la libertad. En este cuento, las fuerzas de la opresión tratan de negar el reclamo de la humanidad por su liberación. La libertad humana es frecuentemente identificada con la realización de la naturaleza humana. Muchas narrativas sociales modernas son fortalecidas por estas nociones de progreso, liberación, dominación, el sujeto humano oprimido y luchando por su emancipación. Como ejemplo obvio, en los Manuscritos de 1844 Marx relata una historia de lucha de la humanidad por lograr realizar su verdadera naturaleza al superar una condición humana alienada. Aunque su historia de la lucha de la humanidad por su autorealización luego se transfigura en la lucha de la clase trabajadora para superar la opresión capitalista, no hay cambio en el enfoque de un gran drama histórico en el cual "la humanidad" –ahora disfrazada de clase obrera– resiste a la opresión para lograr un estado de liberación. La misma configuración simbólica reaparece en los discursos sociales contemporáneos de la liberación negra, de las mujeres o de los gays.

El problema con esta estrategia discursiva remite no solo a los límites de las categorías de progreso, a los conceptos simplificados de dominación y liberación, como ya dijimos, sino también al concepto de sujeto humano que es construido en estos discursos. Aunque los marxistas, las feministas o los liberacionistas gay puedan haber abandonado la estrategia esencialista de hablar de la humanidad como si el término refiriese a una esencia fija, incambiada a lo largo del tiempo y el espacio, continúan apelando a la agencia de mujeres, negros, homosexuales y de la clase obrera. Pero el punto es que estas categorías no son más fijas o uniformes en su significado que el concepto de humanidad. Sin inventar un argumento que ahora es utilizado por intelectuales de color, feministas y gays y

Por ejemplo, las feministas posmodernistas han criticado al discurso esencialista del género – ya sea androcéntrico o ginecéntrico- que impone un orden bipolar de género compuesto de un “hombre” y una “mujer” universales y fijos. De acuerdo a estas posmodernistas, tales conceptos de “agencia” son entendidos como construcción sociales, proceso en el cual el discurso del género, incluyendo el discurso feminista, es él mismo una parte de la voluntad de dar forma a un orden humano de género. El discurso del género está atado a las luchas contemporáneas para asignar identidades genéricas y roles sociales a los cuerpos humanos. La “condición de mujer” y la “hombria” son vistos ni como un hecho natural ni como un hecho social decidido, sino como parte de una interminable, resistida lucha entre varios grupos para establecer un género que ordene los asuntos humanos. Por lo tanto aquellos que apelan a la agencia de mujeres u homosexuales o afroamericanos intentan ser parte del concierto de voces e intereses luchando para dar forma al sistema de identidades, de normas y de poder. Los discursos que usan categorías como “mujer”, “hombre” “gay”, etc, deben ser vistos como fuerzas sociales encarnando la voluntad de formar un género, raza, un orden sexual; buscan inscribir en nuestros cuerpos determinados deseos, necesidades, esperanzas, determinadas identidades sociales.

Mi punto es que tales categorías no deberían ser usadas pero que necesitamos, primero, reconocerles primero su carácter socialmente eficaz. Aunque están unidas a un discurso fundante, están inextricablemente entrelazadas en la propia constitución de identidades, órdenes normativos y relaciones de poder. Segundo, debemos estar muy conscientes de que, al igual que no hay una “humanidad” que actúe como agente (porque los humanos existen siempre como un ser nacional o tribal, de género o edad, con cierta etnicidad o religión), tampoco existen “la mujer”, “el negro” o “el homosexual”. Estas categorías no tienen un significado y una importancia social uniformes a través de diferentes sociedades o aún dentro de una misma sociedad. Como muchos historiadores han argumentado convincentemente, el concepto de homosexualidad y el homosexual exhibió históricamente significados culturales específicos que no pueden ser aplicados a cualquier experiencia de intimidad entre personas del mismo sexo (Katz 1983, Seidman 1991b, Weeks 1977, Williams 1986). Mas aún, inclusive dentro de una sociedad dada y en una coyuntura histórica específica, estas categorías de identidad y agencia (mujer, hombre homosexual afroamericano) no sólo adquieren diversos significados sin o que lo hacen, en parte porque las categorías identitarias son siempre múltiples e intersectan formas idiosincráticas y diversas. Así como los individuos no son simples instancias de la abstracción “humanidad”, nosotros no somos encarnaciones de las abstracciones de mujer u hombre. Dentro de los Estados Unidos contemporáneos, el término “mujer” no tiene un significado uniforme. Varía de acuerdo a la etnia, raza, religión o clase, así como según factores relacionados a la orientación sexual, la edad o a características regionales-geográficas. No hay razones para creer que una mujer metodista heterosexual de la clase media sureña compartirá su experiencia de género o tendrá intereses de género comunes

detentando poder o careciendo de él será igualmente variada y multidimensional. Necesitamos desplazarnos de este lenguaje esencialista del yo y de la agencia para concebir al self como teniendo identidades, filiaciones comunitarias e intereses sociales múltiples y contradictorios. Nuestras narrativas sociales deberían estar atentas a esta idea de identidades múltiples; nuestras historias deben reemplazar los lenguajes planos y unidimensionales de dominación y opresión por una noción multívoca de luchas múltiples, locales, heterogéneas y una experiencia diversa acerca del poder y la falta de éste.

En la medida en que los discursos sociales posmodernos sean vistos simplemente como narrativas con todos los aspectos retóricos, estéticos, morales, ideológicos y filosóficos característicos de los cuentos, su rol social tendrá que ser explícitamente reconocido. Los análisis sociales posmodernistas aporta a historias acerca de la sociedad que cargan significación moral, social, ideológica y tal vez directamente política.

las narrativas sociales hagan más que reconocer su carácter social y moral, van a tomar esta dimensión moral como el lugar de un análisis más elaborado. Creo que aquí hay posibilidades fructíferas para que los teóricos sociológicos cambien sus focos analíticos de reflexión desde las preocupaciones fundantes metateóricas a preocupaciones práctico-morales (Bellah et al. 1985, Rosaldo 1989). En otras palabras, estoy llamando a que el esfuerzo que los teóricos han investido en la teoría general fundacional, esfuerzo que ha costado tanto y que ha rendido tan poco, sea cambiado por un análisis moral.

No es necesario decir, entonces, que estoy aconsejando virar de una teoría moral fundante o de la búsqueda de valores o estándares de justificación universales, hacia un análisis moral pragmático, socialmente informado. (Seidman 1992) Desde un punto de vista pragmático posmoderno, no será suficiente invocar simplemente valores generales (libertad, democracia, solidaridad, orden, confort material, placer) o imperativos morales (que los individuos deban ser tratados con respeto o dignidad o deban ser tratados como órganos) ya sea APRA justificar o para criticar arregos sociales vigentes o para recomendar cambios. La crítica social debe ir más allá de apuntar a las deficiencias de las realidades sociales vigentes desde algún otro punto de vista general. Debería ser llevado a argumentar su punto de vista a través de un análisis que sea socialmente informado y pragmático. La crítica social tiene sus responsabilidades, me parece, no sólo de decir qué está mal con las realidades vigentes en algún sentido amplio y abstracto sino también de hacer que su crítica sea tan específica como sea posible para que sea socialmente relevante. De la misma forma, la crítica debería ser llevada por lo menos a marcar con algún detalle los cambios sociales que desea y analizar las consecuencias que estos cambios ocasionarían al individuo y a la sociedad. Este procesos llevaría a que la crítica fuera socialmente útil para (digamos) políticas sociales, activistas y legisladores. También haría a los teóricos más responsables por sus críticas.

Finalmente, dado que esta crítica social no puede apelar a estándares

permita analizar el impacto de los cambios propuestos sobre los individuos y la sociedad. Por ejemplo, una crítica feminista posmodernista de los arreglos de género debe hacer más que documentar y criticar las desigualdades y discriminación generales contra la mujer desde un punto de partida moral que invoque la libertad e igualdad. También debería mostrar cómo sería un arreglo en dominios sociales específicos y cuáles impactos sociales hacia la igualdad de género tendría. Además, una crítica feminista posmodernista debería apelar a tradiciones prácticas y valores locales para justificar esos cambios.

Reconociendo que toda narrativa social tienen un carácter socialmente efectivo, no deberíamos tratar de quitarles este carácter, sino que deberíamos reconocerlo y, de hecho, considerarlo como una fuente importante para elaborar pensamiento social. Esto como he dicho, no simplemente ofreciendo una crítica general o una defensa de formas sociales desde valores morales abstractos. Y ciertamente no tratando de basar la moral propia apelando a elementos universales objetivos (naturaleza, Dios, leyes naturales). EN cambio, he recomendado un análisis moral pragmático, socialmente informado en el cual la crítica es llevada a defender arreglos sociales mediante el análisis de sus consecuencias individuales y sociales a la luz de tradiciones valores y prácticas locales. Los valores de la comunidad de la cual la crítica forma parte constituyen la moralidad última invocada.

Los teóricos deberían transformarse en defensores. Seríamos defensores, sin embargo, de un tipo algo diferente que, digamos, los funcionarios públicos o los activistas sociales. A diferencia de la defensa de estos partidarios, la cual tomaría típicamente la forma de invocaciones retóricas morales o nacionales, la presentación de documentos o datos o referencia a intereses sociales particulares, la defensa que llevarían a cabo los teóricos tomaría la forma de argumentos morales y sociales elaborados acerca de sus consecuencias y valores sociales. Como otros defensores, abogaríamos por una forma de vida, pero a diferencia de ellos, estaríamos exigidos de elaborar discursos morales y sociales. Como teóricos podríamos alentar la discusión moral pública, podríamos catalizar el debate social y el debate moral público. Seríamos defensores pero no políticos o partidistas cerrados. Nuestro valor radicaría en proveer análisis socialmente informados de lo que sería útil a los partidistas y en promover una discusión moral pública no restringida frente al hecho de que los partidistas actúen para restringir tal discurso elaborado. Deberíamos volvernos defensores de una razón elaborada contra los partidistas del determinismo y la ortodoxia, y de todos aquellos que traten de solapar el debate moral público a favor de invocaciones partidarias o fundantes.

CONCLUSION

La teoría sociológica, en mi opinión, se ha vuelto insular e irrelevante para todos salvo los especialistas en teoría. Al menos en parte, esta insularidad se conecta al proyecto

He sugerido algunas razones por las cuales creo que hay pocas posibilidades de escapar de este embrollo. Más aún, aunque el proyecto fundante pueda haber tenido una significación práctica beneficiosa para el siglo XVIII, lo cual se ha relacionado a la defensa de la modernidad contra sus críticos, hacia la última parte del siglo XIX en Europa y Estados Unidos, había perdido sus beneficios. El argumento de que el proyecto fundante es importante para la defensa de ciertos arreglos sociales deseables difícilmente pueda ser sostenido seriamente en vista de la insularidad intelectual y social de la teoría disciplinaria. No dudo que el proyecto fundante, totalizante, pueda haber sido valioso para promover una razón crítica, reflexiva. Pero los mismos valores sociales e intelectuales pueden ser cultivados en el proyecto posmoderno.

Bajo el rótulo de posmodernismo, he presionado por una reorientación radical de la teoría social. Para revitalizarse, la teoría debe estar conectada en forma integral a los debates públicos morales y políticos y a los conflictos sociales nacionales vigentes. Este vital nexo entre teoría y vida pública explica el atractivo de la teoría social clásica, pero hoy la conexión se ha roto. Para reestablecerla sugería que la teoría sociológica reafirme un concepto central de sí misma como una narrativa amplia sintética. He propuesto, sin embargo, que una narrativa social posmodernista debería apartarse en aspectos importantes de las narrativas de los grandes modernos. Las narrativas posmodernas deberían estar alertas para descartar las configuraciones de conceptos modernos centrales tales como progreso, dominación, liberación y humanidad. Los conceptos posmodernistas básicos gravitarán sobre una noción del self con múltiples identidades y filiaciones grupales, entretejida en luchas heterogéneas y con posibilidades múltiples para promover sus poderes.

Finalmente, las narrativas posmodernistas reconocerían su significación práctico-moral. El análisis moral se volvería parte de una razón social elaborada. Los teóricos se tornarían defensores, abandonando la actitud crecientemente cínica y poco creíble de científicos valorativamente neutrales. Nos volveríamos defensores pero no partidarios cerrados. Nuestra significación social radicaría en promover el debate público moral y social y en profundizar la noción de discurso público. Deberíamos ser catalizadores de lo público y pensar seriamente acerca de temas morales y sociales.

